

Max Jacob: Un místico vanguardista

*Introducción y traducción
de Josu Montero*

Max Jacob nació en 1876 en Bretaña en el seno de una familia judía. A fin de siglo se va a vivir a París donde realiza diversos trabajos: empleado de comercio, profesor de piano, pintor... En 1901 entabla profunda amistad con Picasso y con Apollinaire quienes le introducen en la bohemia de Montmartre, convirtiéndose en una de sus figuras más peculiares. En 1909 tiene lugar su "iluminación": "Fue Dios quien vino... Se volvió y vi aquel rostro apacible y resplandeciente". A partir de su visión se convirtió al catolicismo. En 1914 fue bautizado y en 1921 y durante seis años vivirá en el retiro del monasterio de Saint-Benoit-sur-Loire.

Posteriormente vuelve a instalarse en París donde vivirá demasiado austeramente de la venta callejera de sus pinturas y de sus dibujos. Las persecuciones antijudías de la II gran guerra, la muerte de su hermano en aquellos años y la deportación de su hermana acrecientan su ascetismo y su misticismo. A pesar de su religión católica sufre diversas humillaciones que acaban con su detención en febrero de 1944 a la salida de Notre-Dame. Muere al mes siguiente en el campo de concentración de Drancy.

Su conversión no cambia en absoluto su concepción poética; es más, se puede entender aquella en función de esta, aunque en el fondo tanto su búsqueda religiosa como su búsqueda poética no es sino una y la misma: el deseo, la necesidad vital de situarse, de encontrar su lugar en un mundo trascendente.

Una composición de Jacob es un enigma; él dijo en sus cartas a un joven poeta que "una obra no vale por lo que contiene, sino por lo que la rodea"; de ahí que para él la principal cualidad que debe tener un poema es la estar "situado": "estar ubicado en el resplandor que le es propio". Es por eso que a pesar muchas veces de su contenido vanal y de su expresión natural los poemas de Jacob atraen, "es como si esos poemas lanzaran alguna luz sobre lo que no puede sino permanecer impenetrable", como señala un crítico.

Para Jacob el poema no debe reflejar la realidad, sino ser realidad, tener existencia real, ser un objeto creado en base a determinadas leyes sobre las que rige el mero azar. Así entre la abundante obra que dejó —poesía, novela, teatro...— sin duda uno de sus libros primordiales es: "Le cornet à dés" (El cubilete de dados), publicado en 1917. Es este un libro de poemas en prosa en cuyo prólogo expone el poeta sus peculiares teorías sobre el género.

Los poemas de este libro son similares al lanzamiento de dados desde un cubilete que tras el caótico empujón va cristalizando en una de las múltiples posibilidades. El poema se presenta como una cualquiera de esas múltiples combinaciones posibles entre los elementos diversos que se entrecrocán en la cabeza y en el corazón del escritor.

Gracias al azar el poema en prosa aparece dotado del mismo poder que el sueño. El propio Jacob reconoce que es la "forma de sacar de mí los regalos del inconsciente: palabras en libertad, asociaciones azarosas de ideas, sueños nocturnos y diurnos, alucinaciones..." Sus poemas en prosa van de lo más grave a lo más burlesco: en ellos ejercita sus malabarismos verbales, sus juegos fonéticos; son mecanismos lingüísticos perfectamente engrasados; de ahí que la traducción sea, una vez más, sólo un pálido reflejo del original.

Reproducimos finalmente un trocito del prólogo a "Le cornet à dés" buena prueba de que su concepción poética guarda un constante paralelismo con un nivel superior. "Una obra de arte es una fuerza que atrae, que absorbe las fuerzas disponibles del que se aproxima. Hay aquí algo parecido a un matrimonio donde el lector interpreta el papel de la mujer... La emoción artística es el efecto de una actividad pensante hacia una actividad pensada. Utilizo la palabra "pensante" de mala gana pues estoy convencido de que la emoción artística acaba donde el análisis y el pensamiento intervienen... Cuanto más grande sea la actividad del sujeto, más aumentará la emoción dada por el objeto".

DENEGACION SUPERIOR

El globo asciende, brilla y tiene un punto aún más brillante. Ni el sol oblicuo que arroja un relámpago como un monstruo terrible que lanzara un bufido, ni los gritos de la muchedumbre, ¡nada le impedirá elevarse! ¡no! El cielo y él no son sino una sola alma: el cielo no se abre más que para él. Pero, oh globo, ¡cuídate de las sombras de tu barquilla bamboleante! ¡Oh globo desgraciado! Los aeronautas están borrachos.

LA GUERRA

Por la noche los bulevares exteriores están cubiertos por la nieve; los bandidos son soldados; me atacan con risas y con sables, me desnudan: me salvo para volver a caer en otro escenario. Es el patio de una cuartel, ¿o quizá el de una posada? ¡Qué de sables! ¡Cuántos lanceros! ¡Nieva! Me pinchan con una jeringuilla: es un veneno para matarme; una cabeza de esqueleto cubierta con un crespón me muerde el dedo. Vagos reverberos lanzan sobre la nieve la luz de mi muerte.

NOCHE INFERNAL

Algo horriblemente frío cae sobre mis hombros. Algo pegajoso se agarra a mi cuello. Una voz llega del cielo y grita: "¡Monstruo!" sin que yo sepa si es de mí y de mis vicios de lo que habla o si sin embargo se refiere al ser viscoso que se agarra a mí.

POEMA DE LA LUNA

Hay sobre la noche tres champiñones, son la luna. Tan bruscamente como el cucú de un reloj canta, cada mes a medianoche se colocan en otra posición. Hay extrañas flores en el jardín, son hombrecillos acostados, cien, son los reflejos de un espejo. Hay en mi oscura habitación una naveta luminosa que vaga, después dos... aerostatos fosforescentes, son los reflejos de un espejo. Hay en mi cabeza una abeja que habla.

MISTERIO DEL CIELO

Tras regresar del baile me senté junto a la ventana y contemplé el cielo: me pareció que las nubes eran inmensas cabezas de ancianos sentados a una mesa y que les era llevado un pájaro blanco engalanado con sus plumas. Un gran río atravesaba el cielo. Uno de los ancianos bajó los ojos hacia mí, iba incluso a hablarme cuando el encantamiento se disipó, dejando las puras estrellas titilantes.

FAMILIA JAPONESA

¡El pequeño japonés, tras la muerte de su hermana, recién enterrada, marchó para Francia! ¡El pequeño japonés no podía olvidar a su hermana! Dibuja para los periódicos cómicos pero todas las figuras de mujer son para él la de su querida hermana. Una anciana japonesa de la embajada cree darle una alegría al padre enviándole los periódicos hasta allá. El padre solloza: reconoce a su querida hija.

LITERATURA Y POESIA

Sucedió en los alrededores de Lorient, lucía un sol brillante y nosotros paseábamos, observando en aquellos días de septiembre ascender el mar, ascender y cubrir los bosques, los paisajes, los acantilados. Pronto no quedaron para luchar contra el mar azul más que los meandros de los senderos bajo los árboles, y las familias se aproximaban. Entre nosotros había un niño vestido con un trajecito de marinero. Estaba triste; me cogió de la mano: "Señor, me dice, he estado en Nápoles; ¿sabéis que en Nápoles hay muchas callejuelas?; en esas calles podéis estar completamente solo sin que nadie os vea: no es que haya mucha gente en Nápoles pero son tantas las callejuelas que nunca hay menos de una calle por persona. —Qué mentiras os cuenta este pequeño, me dice el padre, él nunca ha estado en Nápoles.—Señor, vuestro hijo es un poeta. —¡Está bien, pero como salga literato le romperé la crisma!". Los meandros de los senderos abandonados por el mar le habían hecho pensar en las calles de Nápoles.

SILENCIO EN LA NATURALEZA

Cuando entre las arboladas colinas del Finisterre íbamos mi perro y yo a cazar pájaros, Rataud se divertía en los caminos haciendo ochos con mis pasos; cuanto más deprisa iba, más le gustaba y su alegría se desbordaba cuando corría. Era un foxterrier, tenía una mancha negra en la oreja izquierda y otra en la cola.

LATUDE - EL ESTUDIO

Se ha escrito mucho sobre el caso de Latude, sin embargo no se ha escrito la verdad. Es para defenderse de su propio corazón por lo que Madame de Pompadour, ese donoso Napoleón del amor, hizo encerrar en La Bastilla al pequeño oficial blanquiazul. ¡Latude se escapa! ¿Dónde va? Al país de Spinoza. Pero comprende que el placer de la meditación no se satisface más que en las torres y regresa a su joyero de amor.



MEMORIAS DEL ESPIA

¡Escribir en Le Figaro que yo he robado un fusil, oh! ¡El miserable! ¡Fue él, el patrón del hotel! Mi hermano olvidó su fusil en el hotel de París; el patrón lo ha cogido y escribe en Le Figaro que he sido yo. No es difícil rectificarlo: se envía una carta al "Señor Director", "Correo de los Teatros". Pero, ¿será eso útil? Dejaré el hotel: la cama no está nunca hecha; vienen viejas a mi habitación para burlarse de mi miseria; las jóvenes criadas no saben más que enseñar sus hombros. ¿Nunca he robado un fusil?

EL CONTAGIO O LOS IMITADORES

¡Plenos los dos de pensamientos, descendemos! ¡Descendemos por la calle de las Carnicerías! Los adoquines están secos, hace bueno. Mi madre y yo vamos a ver a la hija del carpintero que se ha vuelto loca. La casita del carpintero no tiene más que un piso. Hay dos camas en cada una de las dos habitaciones: ¡vamos! Los pájaros cantan en sus jaulas y las ventanas no dejan pasar más que una luz orlada de viña virgen: en la primera cama hay una loca, en la otra hay otra enferma. ¡Ah! ¡Dios mío! Con qué espantosas reverencias nos acogen: una dama se ha disfrazado de hermana de la caridad, un delantal hace las veces de cofia; se ha vestido ridículamente con un corpiño de felpa roja al que ella misma ha puesto mangas a juego; la vieja abuela canta con una voz asombrosa, una voz muy fuerte que nunca le había oído, una voz de hombre, y la madre se vierte sonriendo grandes copas de cognac. La verdadera loca las mira desde la habitación de al lado, el codo sobre el armazón de la cama, tranquila y segura de sí.